

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 552

ARTISTAS DE ZARZUELA



TRINIDAD ROSALES

CHARLA



os toreros son como la Bolsa, que unas veces está en alza y otras en baja.

Ahora les ha tocado la de perder.

¡Pobres chicos!

Rara es la corrida en que no hay *hule* al por mayor.

Y sustos por gruesas.

En Bilbao murió el *Isleño*; en Sevilla se encuentra grave el banderillero *Cuco*.

El *Algabeño*, cogido; el *Sastre*, cogido; el *Morenito Chico*, cogido; y quizá cuando se publique este artículo habrá diez ó veinte toreros más en sus correspondientes enfermerías.

Esto es de suponer que tenga su término, pues de lo contrario no quedaría un diestro dentro de algunos días.

¿Qué más?

Hasta *Don Tancredo* ha caído de su glorioso pedestal, sufriendo un terrible topetazo en el vientre, que le ha obligado á guardar *lecho* un par de semanas.

Dicen los que presenciaron la cogida de la *estatua*, que el toro se aproximó hasta tocar con el morro al inmóvil *Don Tancredo*.

Este no dijo esta boca es mía; en vista de lo cual, se alejó el toro con cierto desdén, mezclado con mala intención y pillería inaudita.

Don Tancredo, al verse solo, se puso en jarras y se dió tres pataditas sobre el cajón.

El público aplaudió con entusiasmo; el toro volvió la *jeta*, y, viendo que la estatua daba saltos sobre el pedestal y meneaba los brazos como las aspas de un molino, se arrancó de largo, y...

¡Pobre *Don Tancredo*!

Fué á terminar el baile en la enfermería.

En fin: como no tengo mal corazón, desearé con toda mi alma que se acaben las cogidas en las plazas de toros... y en todas partes.

*
*
*

¡Ojo, señores comerciantes, ojo!

Ya sabrán ustedes lo de las estafas cometidas en Murcia y Cartagena por unos cuantos señores que pretendían vivir á costa de los demás.

¡No hay que fiarse ni de la camisa que llevamos puesta!

Cuando el fabricante reciba un pedido de alguna persona extraña, debe dirigirse al obispo de la diócesis para pedirle informes.

Si se los manda malos, ¡malo!... No hay que remitir géneros.

Esto es rudimentario.

Y si los informes del señor obispo son buenos, tampoco se debe mandar el pedido; porque los obispos pueden engañarse como unos chinos.

Yo creo que sería mejor pedirle informes al Papa.

Este es infalible, y ya podría tener más seguridades el comerciante.

Sí, señores, sí. Al Papa deben acudir, y él montará una oficina, regida por el cardenal Rampolla, para el servicio de la industria y el comercio.

Con esto resultará que los malos pagadores y los *estafas* serán exhortados convenientemente para que no vuelvan á incurrir en lo mismo.

¿Les parece á ustedes bien?

**

Y siguiendo con el mismo ó parecido asunto:

Los estafadores han llegado al colmo.

Díganlo, si no, los que ha atrapado la guardia civil viajando en el tren, en el trayecto de Murcia á Cartagena.

Los *inocentes* habían inventado una maquinilla para *falsificar* monedas *falsas*.

¡El colmo de la falsificación!

Es un aparatito muy bien concluído y hasta elegante, si se quiere.

Consta de dos departamentos, por más que sólo se ve uno.

Por éste se echa estaño derretido, que va á parar al fondo, y ya no sale más.

Entonces se aprieta un botoncito de nácar que aparece en un costado del aparato, y salta en el centro una moneda de dos pesetas ó de cinco, según la cantidad de estaño que se echa.

Esto se lo venden á los muchos sinvergüenzas que andan por ahí queriendo vivir sin trabajar, y, por lo mismo, á costa del prójimo.

Y, ¡claro!, se gastan bonitamente su dinero, y compran el aparato, que, una vez en sus manos, sólo les sirve para comprometerlos.

Pues bien: los *ingeniosos* inventores de esta portentosa máquina, han sido detenidos por una pareja de la guardia civil, la cual, sin reparar en el mérito y estudios concienzudos de los mecánicos, los ha llevado á la cárcel, encerrándolos, ¡pásmense ustedes!, en el mismo departamento que se destina á los ladrones.

¡Cosas de España!

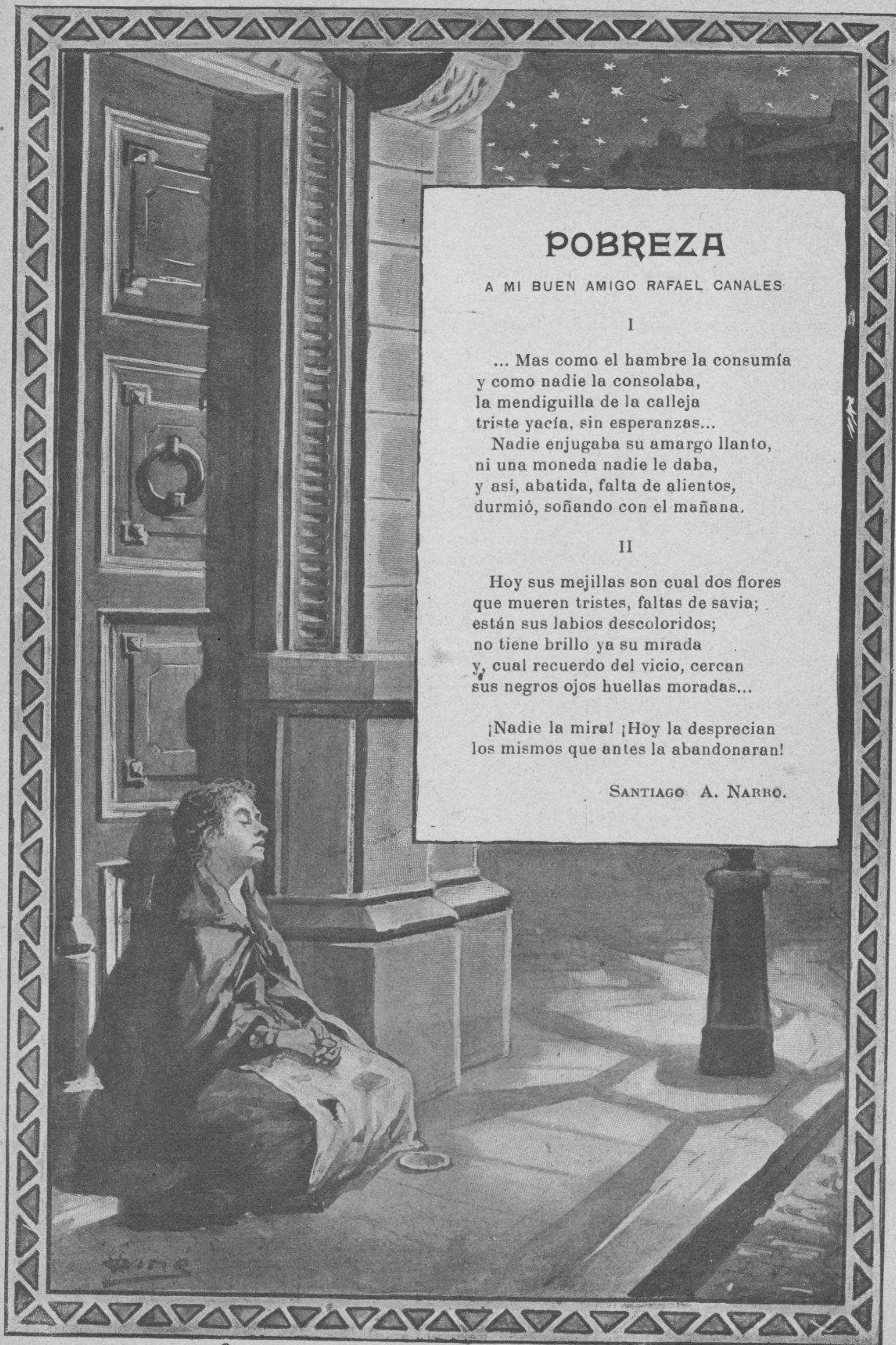
JOAQUÍN ARQUES.

BELLAS ARTES



EN EL BOSQUE

(Cuadro de M. Ladier.)



POBREZA

A MI BUEN AMIGO RAFAEL CANALES

I

... Mas como el hambre la consumía
y como nadie la consolaba,
la mendiguilla de la calleja
triste yacía, sin esperanzas...

Nadie enjugaba su amargo llanto,
ni una moneda nadie le daba,
y así, abatida, falta de alientos,
durmió, soñando con el mañana.

II

Hoy sus mejillas son cual dos flores
que mueren tristes, faltas de savia;
están sus labios descoloridos;
no tiene brillo ya su mirada
y, cual recuerdo del vicio, cercan
sus negros ojos huellas moradas...

¡Nadie la mira! ¡Hoy la desprecian
los mismos que antes la abandonarán!

SANTIAGO A. NARRO.

¡POBRE DROGUERO!

(ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORAS OCAÑA Y ALVERT Y LOS SEÑORES BOLUMAR Y LORENTE)

ERA muy guapa Leonor, y, además de guapa, joven, y además rica y viuda.

¿Eh? ¿Qué tal?

El gran partido.

Pero Leonor tenía horror al matrimonio, sin duda por lo mal que le había ido con su difunto esposo, que era de *caballería*, á pesar de no pertenecer al ejército.

Esto no quiere decir que la opulenta y bella viuda fuera una mujer fría é insensible á los halagos del amor.

Al contrario: Leonor tenía el alma atravesada por infinitas flechas de Cupido.

Amaba y era amada por Carlos, pintor de no escaso talento y joven como ella.

Y estos amores, en los que jugaba la pasión del artista y los deseos de la viuda que nada ignora, caminaban á pasos de gigante y no tardarían en llegar donde llegaron.

El matrimonio se imponía, si se había de atender á las sanas leyes de nuestra sociedad moral.

Y vean ustedes lo que son las cosas.

Leonor era la que siempre ponía obstáculos á los justos deseos de Carlos, que aspiraba á llevarla al altar para que el lazo santo uniera sus destinos para toda la vida.

¿En qué fundaba la linda viudita su singular reparo?

Carlos no carecía de belleza, era elegante; sus cuadros figuraban en las más renombradas exposiciones; su carácter era afable, cariñoso y amantísimo... Sí: de esto no podía tener duda Leonor, porque de sobra se lo tenía demostrado.

Y ella también le amaba, más locamente si cabe..., como igualmente y sin escrúpulos se lo había hecho ver.

Pero Leonor sólo conocía á Carlos dos meses, y aunque durante estos días había tenido ocasión de profundizar lo suficiente, temía que, andando el tiempo, quizá al día siguiente de verificada la



Amaba, sí; pero... pero... vamos, que no acierto á decirlo, temiendo herir su susceptibilidad.

boda, se encontrase chasqueada con algún defecto físico ó moral que derribaran para siempre las ilusiones que se había forjado.

La Saeta

Leonor estudiaba minuciosamente las cualidades de su amante y esperaba.

* * *

Era también muy graciosa y muy alegre la doncella de la viuda.

Y como ésta, también tenía sus amores con un joven droguero.

Pero aquí sí había pensamientos y hasta promesas de casarse por parte del chico, que ella aceptaba gustosa, esperando impaciente el día de la boda.

¿Cuándo podría ser?

No era fácil asegurarlo, atendiendo á que el dependiente droguero no tenía reunido lo necesario, dado el modesto jornal que disfrutaba.

Y ocurrió lo que tenía que suceder: las relaciones fueron animándose con el roce, y un día, Camilo, que así se llamaba el droguero, pidió á su amada una cita á altas horas de la noche, para dar rienda suelta á sus amores sin importunos testigos.

Algo se resistió la doncella; pero al fin accedió, confiando en la *caballerosidad* de su novio.

La entrevista quedó acordada para las doce de la noche.

La doncella dejaría entornada la puerta del piso en que servía, y Camilo no tendría más que colarse bonitamente y sin hacer ruido, tomando á la derecha por el pasillo, luego á la izquierda, después de frente... y allí estaría su amor esperándole.

Aun no había sonado en la vecina torre la última campanada de las doce, cuando Camilo llegó á la puerta del piso principal en que habitaba la rica viuda.

El chico, palpitante y trémulo, dió un empujoncito á la puerta, ésta cedió, y el *salteador* amoroso se encontró en medio de un oscuro pasillo.

Su cabeza comenzó á dar vueltas y se atontó más de lo que estaba.

—¿Es por la izquierda ó por la derecha? — se preguntó mentalmente.

El pobre joven había perdido la memoria por completo.

—¡Sea lo que Dios quiera! —murmuró.

Y dió algunos pasos con los brazos extendidos para no tropezar con los muebles.

Algo más animado, siguió avanzando, dió media vuelta y se paró. Había tocado unas cortinas de encaje.

El droguero creyó conveniente toser y tosió.

Un suspiro fué la contestación que obtuvo al pronto; pero casi al mismo tiempo dijo una voz de mujer:

—¿Eres tú, Carlos?

Un tiro á quema ropa no le hubiera hecho más efecto al droguero.

Aquella voz no era la de su amante, sino la de la bella viuda, su señora.

¡Horror!

—Vamos, ven aquí y no seas majadero. ¡Lo de ayer no tuvo importancia, tonto! ¿No me quieres hablar? ¿Te sigue el enfado? ¡Ven, ven aquí, bien mío!

Todo esto lo dijo la viuda con un tono dulcísimo, que hizo casi perder el sentido al desventurado joven.

Después sacó Leonor una mano fuera de las cortinas, alcanzando un brazo de Camilo, que había quedado como una estatua al pie del lecho.



Aun era de noche, cuando el droguero salía á la calle dando traspiés como un borracho.

¿Qué había pasado?
 ¡Quién sería capaz de decirlo!
 Lo único que sé es que Leonor se levantó
 más temprano que nunca.

Estaba pálida, desencajada y con un humor
 de todos los demonios.

De repente apretó un timbre con nerviosa
 mano y se presentó la doncella.

—Cuando venga el señorito Carlos, si viene,
 no recibo. ¿Lo oye usted? ¡Y si vuelve, no reci-
 bo tampoco! ¿Lo entiende usted? ¡Y mañana lo
 mismo, y pasado, siempre!

Y, estrujando con rabia los ricos encajes que
 adornaban su bata, exclamó sin poderse con-
 tener:

—Ya decía yo que tendría que variar... pero
 ¡qué pronto ha sido!... ¡Dios mío, qué hombre
 tan inútil! ¡Quién lo hubiera dicho!...

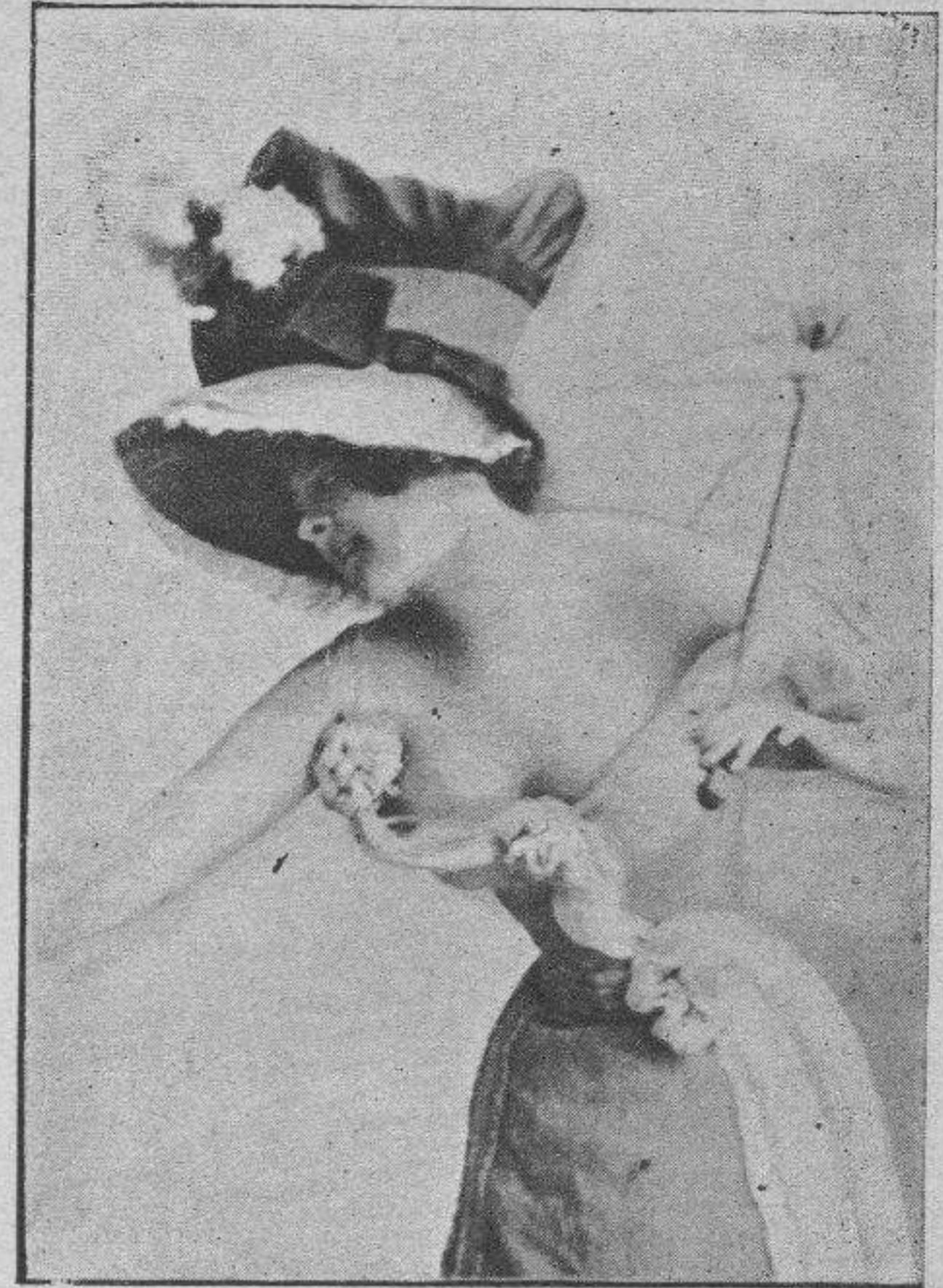
* * *

A las pocas noches, ya no se equivocó Cami-
 lo de habitación.

Pero al día siguiente era también despedido
 por su novia...

¡Pobre droguero!

J. A.



¡Tendrá que ver esta chica después de un
 galope!

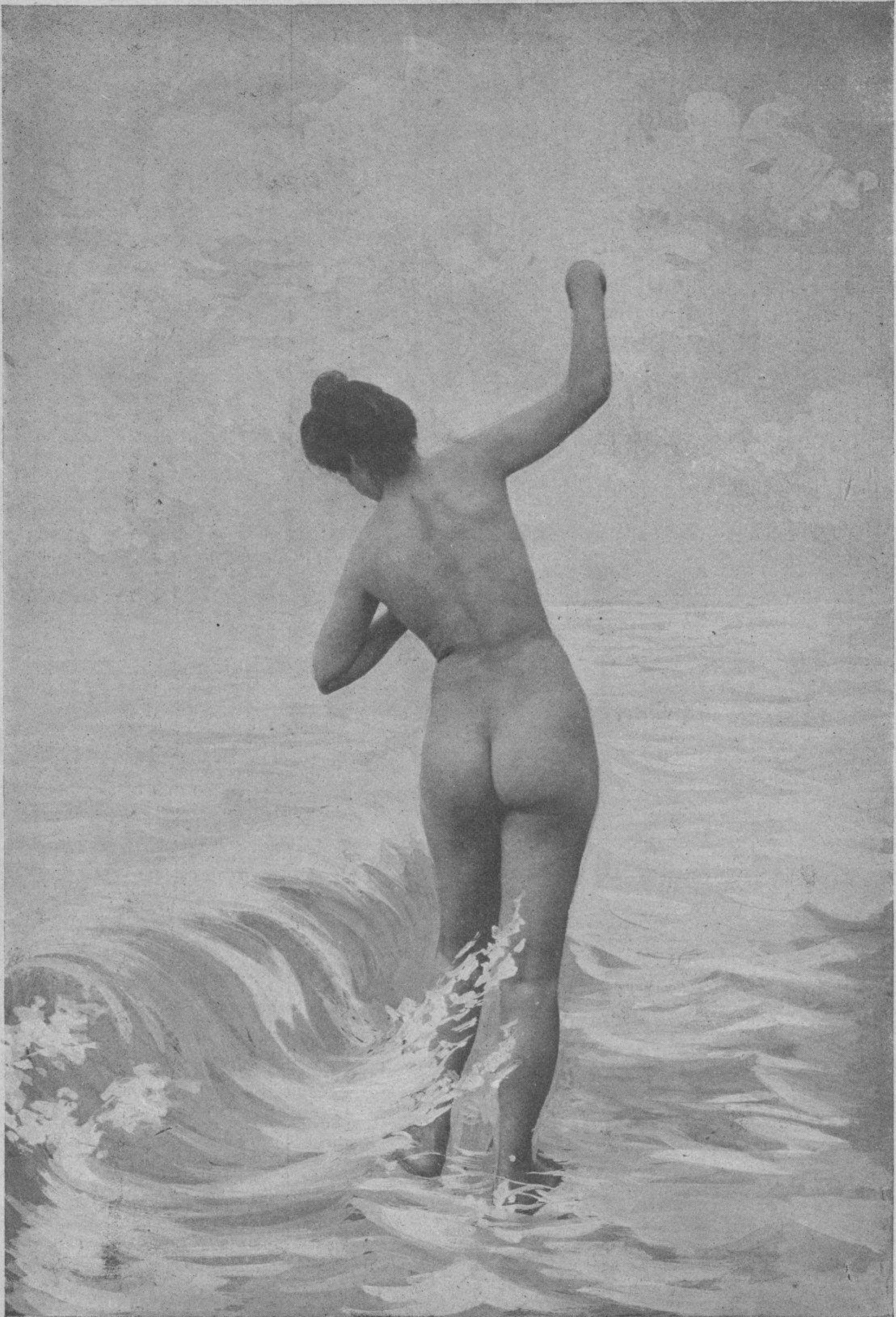


Lo mismo dispara contra un corazón que
 contra un bolsillo.

AMOROSA

¿Que no te quiero, me dices?
 ¿Por qué lo dudas, hermosa?
 ¿Acaso el tierno amor mío
 no lo demuestran mis obras?
 ¡Oh! ¡Calla! ¡No más me digas
 que mi pecho no te adora,
 que ofenden á mi cariño
 esas frases de tu boca!
 Si yo te juro, alma mía,
 que te idolatro á ti sola;
 que eres mi fe, mi esperanza,
 mi ilusión, mi dicha toda;
 si yo te juro, mujer,
 que, entre caricias que arroban,
 tus abrazos son mi vida
 y tus besos son mi gloria;
 si yo te juro que sólo
 mi corazón ambiciona
 vivir tan junto contigo
 como la perla y la concha;
 si yo te juro que todo
 sin tu cariño me sobra,
 pues sin él hasta la vida
 la juzgo una carga odiosa;
 si eso te juro y lo prueban
 mis hechos á todas horas,
 ¿por qué dudas que te quiero?
 ¿Por qué lo dudas, hermosa?
 ¡Calla, porque esos recelos
 me causan penas muy hondas,
 y aunque mi pasión no matan
 en triste inquietud me engolfan.
 Aleja, sí, esos temores
 que la dulce paz te roban.
 ¿No sabes que eres mi vida?
 ¿No sabes que eres mi gloria?

J. TOLO A HERNÁNDEZ.



EN EL MAR

BELLAS ARTES



EN EL CAMPO

EL CUENTO DE LOS CLAVELES

No rías!
Escucha.

De allá, muy lejos, de la India, del país de la Naturaleza salvaje, del sol que quema, del viento que perfuma, trajo el príncipe aventurero la semilla de unas flores nuevas para su jardín, que en suave declive descendía desde el castillo de los torreones oscuros al lago de las aguas transparentes. Nacieron las flores nuevas, sobre largos tallos elegantes y altivos. Eran como borlas de hojas pequeñas ribeteadas de puntas de encaje. Eran los claveles blancos.

Tronchó las flores el príncipe aventurero, y, formando con ellas un ramo, lo colocó como broche del corpiño de la princesa. Y era la garganta de la princesa más blanca que los claveles.

Le dijo el príncipe:

—Hay un canto religioso de los Vedas que se simboliza en las flores que te traigo. Puras como el armiño son esas flores, si pura es la mujer que las ostenta. No serán blancas si la mujer delinque.

Sonrió la princesa y pagó con un beso.

.....
Espléndido está el jardín del príncipe, que en suave declive descende desde el castillo de los torreones oscuros al lago de las aguas transparentes. Sin flores nuevas está la planta que vino de la India. Cerca está la princesa moribunda. Brota la sangre de una herida de su cuello y trueca en rojos los claveles blancos. Fué impura y manchó las flores. Se había cumplido la triste profecía del canto religioso de los Vedas.

.....
No llores.

¿Para qué te habré contado el cuento de los claveles rojos?

BANZACA.

EPIGRAMA

Tus pies, con tanto ensanchar,
te han hecho ser enemigo
de que estreche todo amigo
las manos, al saludar.
Costumbre que añeja es
y á la cual tienes horror,
porque quisieras mejor
que te estrecharan los pies.

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.



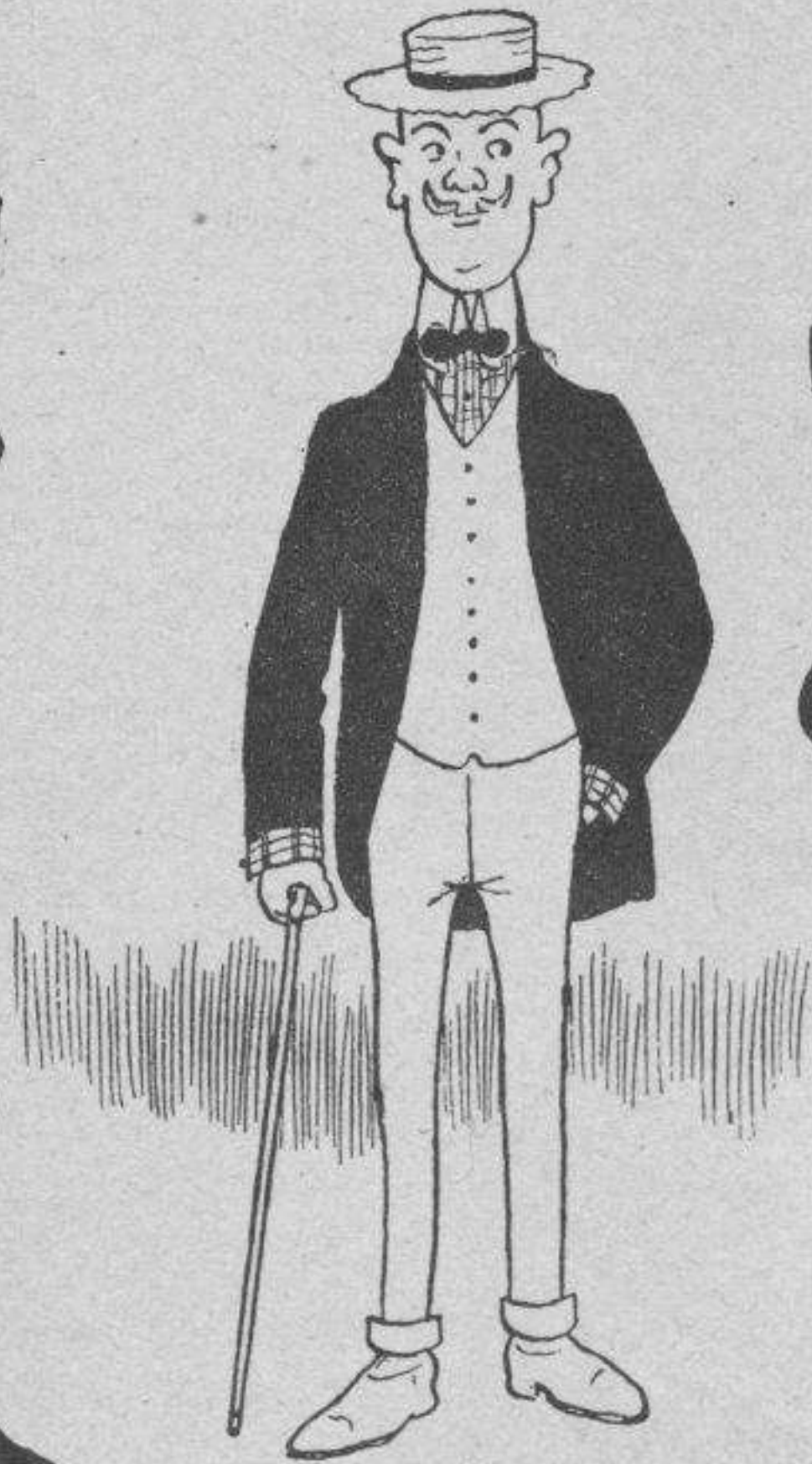
Con estos divinos ojos
tiene á muchos trastornados;

abriéndolos, asesina...
¡Téngalos usted entornados!



LOS BAÑOS

Plana Cómica,
por Marquez

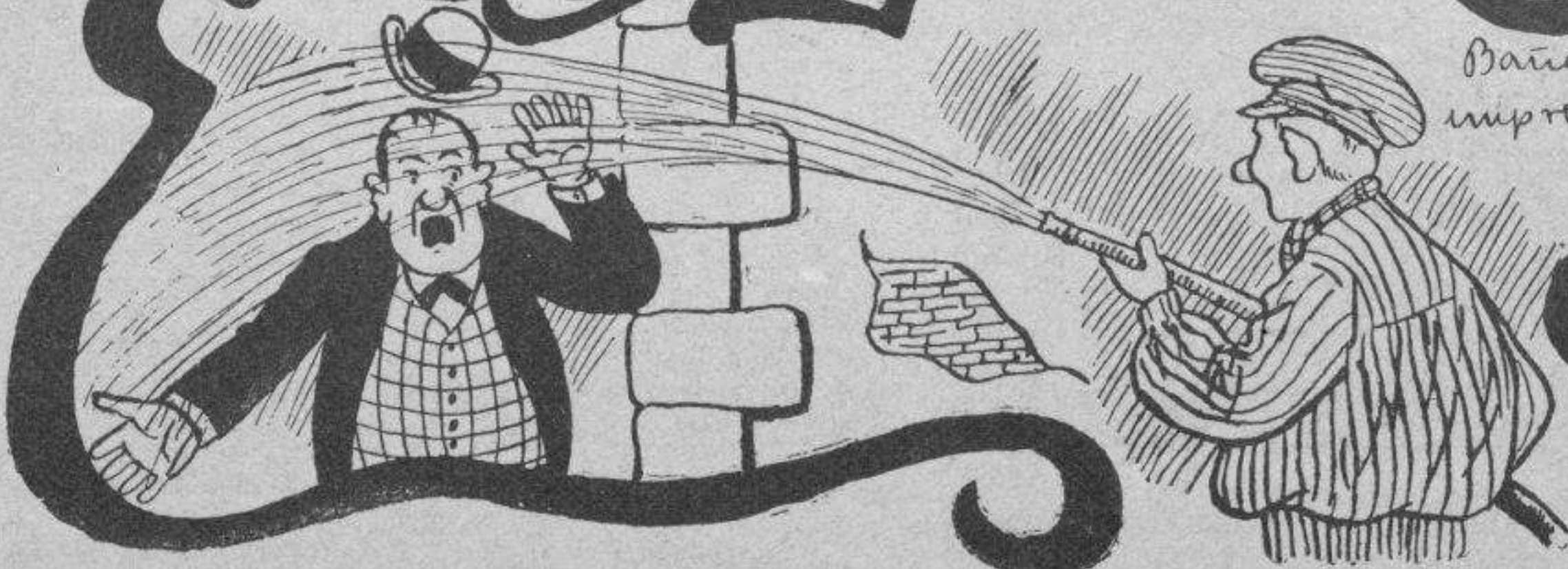


BAÑO CASERO



BAÑO de mar

Yo no voy a baños, porque me
bañan las del ferrocarril, cuando
estoy hablando
con ella



Baño de
impresión

PACA LA RUBIA

PARA EL DISTINGUIDO ESCRITOR JOSE VILLALBA MARTOS

EN Sevilla, en la pintoresca ciudad de los encantos y de las alegrías; en aquel rinconcito del Paraíso, donde se admira un pedazo de cielo azul, impregnado por el aroma de sus mujeres y de sus flores, vive Paca la Rubia, hermosa muchacha de ojos negros, cuyo cuerpo robusto é incitante, cubierto por un vestido de percal de traidora sutileza, despide nubes de embriagadores perfumes.

Por las tardes adorna su cabeza con media docena de clavelés dobles, arrebújase en un pañolón de espuma, y marcando sus *jechuras* flamencas, camina, brindando placeres y sonrisas, hacia la Venta de Eritaña, donde unos cuantos toreros del barrio de la Macarena suelen esperarla para dar comienzo á sus características *juergas*.

Cuando Paca llega á la Venta, saluda con gitanería, y uno de ellos, el *Chato*, como así le llaman sus camaradas, coge la guitarra, y, después de templar sus cuerdas, empieza á tocarla con fuerte rasgueo, que va disminuyendo poco á poco hasta quedarse reducido á un punteado débil y quejumbroso que todos escuchan silenciosamente.

Entonces la *Rubia*, recogiendo la falda, se sienta con encantador abandono en una silla; echa la cabeza atrás; abre los labios dejando ver blanquísimos dientes de marfil; entorna con melancolía los ojos, y con voz rítmica, arroborada y llena de acariciadora armonía, deja oír unas coplas que, mezcladas de arrullo y de lamento, resueñan con estrépito en todos los corazones.

Después se coloca en medio del corro, el *Chato* cambia el compasillo y hace vibrar nuevamente la guitarra con esa cadencia dulce y enérgica á la vez de los toques andaluces, y ella, el tipo de la mujer sevillana, tercia el clásico pañolón debajo del brazo, y, subiéndose en una mesa, dobla las manos en sus caderas grandes y briosas, y empieza á contonear el cuerpo bailándose con mucha gracia y por lo *jondo*, unos marcados *panaeros* que hacen enloquecer á los de la coleta.

Cuando termina, una salva de aplausos y *olé*s estalla á su alrededor, y el *Chato*, el *tocaor flamenco*,

que comparte con ella sus delicias, recoge de sus amigos unas cuantas monedas de plata que entrega á la *Rubia*, diciéndole:

—¡Güeno está, arma mía! ¡Límpiate esa cari-



En el campo de la vida
flores brotan como éstas;
unas perfuman el alma,
otras el alma envenenan.

ta é rosa, paique no te s'estropé er cuti, y tan y mientras que te se carma la bilis, enjuágate er pico con este viniyo, que es un ilisi más superió que la canelita fina!

La *Rubia*, con las mejillas tan encendidas como los claveles que aun ondularan en su cabeza, y obedeciendo aquella insinuación, toma con sus dedos de nácar una cañita de vino aromático y transparente que le ofrecen, y al vaciar el líquido en su boca, que cual búcaro de flores huele á gloria, *ajoga* un hondo suspiro que, brotando de su pecho, siente abrasarle la garganta.

—¡Paese que le da á osté jormiguiya! —le dice uno de aquellos castizos *torerazos*.—¡Bébase osté, á la salú der hijo é mi mare, otro par é cañitas, paique se le jundan las ducas á la niña presiosa que yo más quiero en er mundo!

La *Rubia* acepta el obsequio, pone los ojos en blanco, y cuando termina de apurar el delicioso néctar, exclama, simulando una sonrisa:

—¡Gracias, compare, por su güena voluntá!

El tinte crepuscular invade el añil del cielo. De Paca han huído las placideces y las alegrías, y envuelto su gentil palmito en el pañolón de espuma, camina hacia su casa entre aromas y flores, recreándose en las monedas que poco



Por el calor se tapa con la sombrilla, y á la vez se *destapa* las pantorrillas.

antes le entregara el *Chato*, y, devorándolas con los ojos, pone en ellas un pedazo de su alma.

De vez en cuando gime y suspira, se turba y llora, porque el dinero que fingía ganar alegremente en aquellas fiestas bacanales, á las cuales era refractaria, servía para atender á su pobre padre que, enfermo, aguardaba estoico la muerte en un hospital.

JUAN CALDERÓN Y CALDERÓN.

LÁGRIMAS

Vi en tus ojos una lágrima que reflejaba tus celos, y aquella lágrima abría profunda herida en mi pecho.

Te convencí, y aquel llanto sequé con ardientes besos, y tornó la paz á mi alma al ver tu rostro risueño.

Ahora que ya no me quieres y me miras con desprecio, soy yo el que lloro, luchando con tu olvido y mis recuerdos.

J. GUALBERTO LAUSÍN.



¡Pues no está bailando sola la muy... tonta!

INSTANTÁNEA

DEDICADO A MI VERDADERO AMIGO ANTONIO MARTÍN-GAMERO

LLOVÍA; llovía mucho, y, en mi eterno aburrimiento, contemplaba el agua caer, chapoteando los sucios canalones, y allí, con mi cara muy pegada á los cristales de mi balcón, veía á los gorriones sacudirse las plumillas como queriendo espantar las menudas gotas, y esto me ofrecía un símil de mi imaginación al querer sacudir el tedio, que caía también á manera de gotas, sólo que más amargas y más continuas que la pertinaz lluvia.

Yo mismo me asustaba de la soledad en que me encontraba; nadie venía á endulzar mis horas de amargura, ni nadie á compartir conmigo mis ratos de tristeza; y cuando yo miraba hacia aquel cielo de color gris tristón, le veía aún más alegre que mi alma.

Y cuando mis vagas miradas se dirigieron hacia los balcones de enfrente, noté que también el alma de mi amigo estaba identificada con la mía; es decir, triste. De repente vi que le daban un beso en la frente... Era su madre. ¡Dichoso él que tenía siquiera una madre que lo venía á consolar!... Y cuando, lleno de envidia, levanté la cabeza hacia el cielo, le vi despejado, y allá á lo lejos el arco iris, como si de aquel beso de madre brotara el signo de paz, con el cual Dios quiso representar la alianza que hacía con la humanidad.

Y al ver todo esto, no pude menos de llorar al encontrarme solo y sin una madre que hiciera brotar un arco iris en el cielo borrascoso de mi alma.

ENRIQUE DE ANDRÉS.

BELLAS ARTES



DESCANSO DE LA MODELO

MESA REVUELTA

Voy á hacerme jardinero
y verás qué flores cojo.
Regarélas con mi llanto; . . .
daránlas calor tus ojos.

Los hombres, como las plantas,
no son malos ni son buenos:
son según sea la índole
del labrador ó del suelo.

Lagrimitas de mis ojos,
id en busca de su alma
y decidla que la quiero
más que los peces al agua.

No mires al cielo,
que los astros te maldicen
al ver que vales más que ellos.

MANUEL T. DE RASA

¿Qué importa?

Es de noche. La pálida luna
por la angosta ventana penetra,
y yo, ensimismado,
lleno de tristeza,
ni contemplo su luz melancólica
ni me asomo á mirar las estrellas.

Es de noche. Los ruidos lejanos
como ardiente suspiro á mí llegan,
suspiro de un mundo
que sufre ó se alegra;
mas ni á mí me conmueven los cantos,
ni me inspiran las lánguidas quejas.

Es de noche. ¿Qué importa? La luna,
las risas alegres, las agudas penas,
los cantos subimes...
nada en mí despiertan;
porque ensimismado pensando en sus ojos,
le ordeno á mi espíritu que esté junto á ella.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.* Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Plato de verano

Arrancas del calendario
las hojas del mes de enero,
destrozas un abanico,
y todo lo vas metiendo,
con trozos de Polo Norte,
en un regular puchero.
Después buscas á una Nieves
que te sirva todo esto;
te lo comes, y en seguida
ya verás tú lo que es fresco.

J. A.

EL AGUA DE COLONIA de Orive se vende en las Farmacias y Perfumerías en frascos de 3 á 26 reales. Por litros, con envase, 8'50 pesetas 2 litros; 4 litros, 16 pesetas á domicilio pidiéndola á su autor: Bilbao.

—¿Cómo es eso, querido duque? Me dicen que tiene usted ochenta años. ¡No le echaría yo á usted cincuenta!

—Y yo tampoco los recogería, marquesa; así, en vez de ochenta, tendría ¡ciento treinta!

El bebé precoz:

—¿Cuántos años tienes?

—Según,—responde el niño.—Cuando voy en ferrocarril, tengo dos años y medio. Cuando estoy en casa, tengo tres y medio.

Un sacerdote asiste á un ladrón moribundo, y le dice:

—¡Arrepiéntete, hermano; pues de lo contrario, se te cerrarán para siempre las puertas del cielo!

—No me importa: en último caso las abriré con ganzúa.

Gedeón lleva ya dos horas de antesala en un Ministerio, esperando la audiencia solicitada.

Al llegar la espera á la tercera hora, y sin paciencia para más, se dirige, rojo de cólera, Gedeón al portero y le dice:

—¡Esto es fuertel! ¡Hacerme esperar así á mí, á Gedeón! ¡Le aseguro á usted que si no hubiera venido, no permanecería aquí ni un minuto más.

En el juicio:

El juez:

—Dice usted, señora, que ha vivido con el acusado durante ocho años. ¿Debe el tribunal entender por esto que es usted mujer casada?

La querellante:

—Por supuesto, señor: casada.

—¿Tiene usted certificado de casamiento?

—Sí, señor; tengo tres: dos niñas y un niño.

Un sujeto deseoso de honores, consulta con una sonámbula.

—Serás feliz,—le dice la adivinadora,—y llegará día en que todo el mundo se descubrirá á tu paso.

—¿Cuándo?

—El día de tu entierro.

MAL OLOR DE LA BOCA. Desaparece, notándose, por lo contrario, bien perfumada y fresca, con un buche del *Licor del Polo de Orive*, el mejor y más barato dentífrico. 6 reales frasco, para dos meses de uso diario.

Cuestión de tiempo.

—¿Cómo es eso, doctor? Me dijo usted que el enfermo moriría fatalmente, y, sin embargo, está bueno y sano.

—Dispense usted, amigo mío. Yo dije que moriría, pero no dije cuándo. Espere usted y verá cómo, tarde ó temprano, me salgo con la mía.

Charada

Mi *tercia tres* en América;
prima terciá en el billar;
es mi *dos* con la *primera*
prenda fácil de llevar;
humo se vuelve mi *todo*,
y bastante he dicho ya.

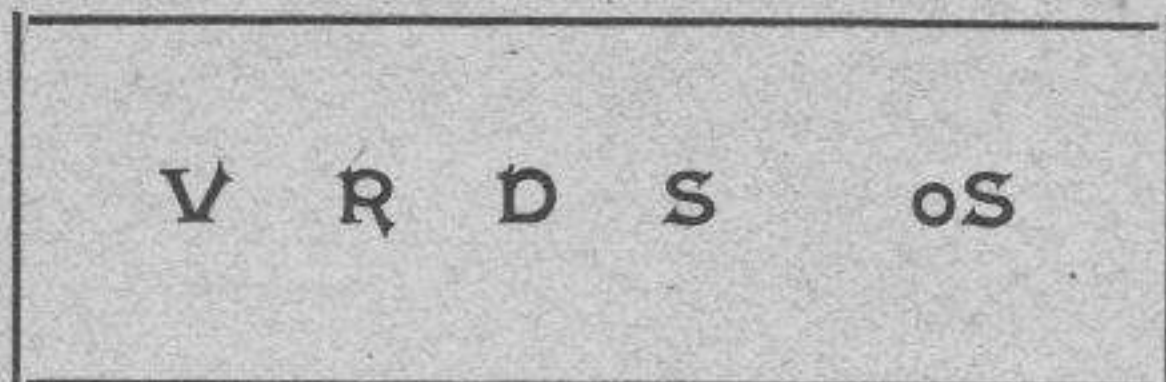
JOSÉ VALLÉS.

Acertijos

- 1.º Colocar en medio de un fruto una nota musical, y que se lea nombre de una profesión.
- 2.º En medio de otro fruto otra nota musical, y que se lea el nombre de un árbol.
- 3.º En medio de otro fruto, el nombre de una consonante, y que se lea el nombre de una parte de la camisa.
- 4.º En medio de una medida lineal, una vocal, y que se lea el nombre de una ave.

E. BERNABÉU TORREGROSA.

Jeroglífico comprimido



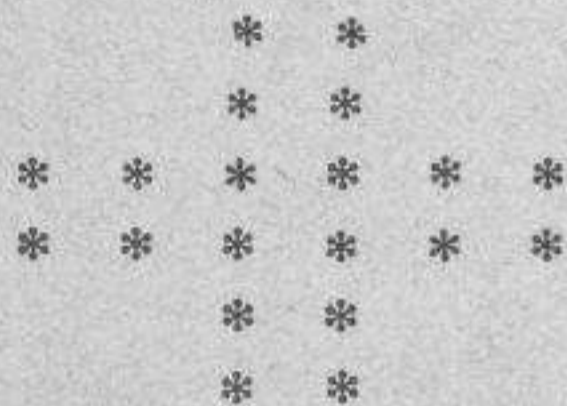
JUAN TALLADA.

Tarjeta logográfica

Nombre	Apellido
1 2 3 4 5 6 7	5 4 5 1
Profesión	
6 5 2 3 5 2 6 5	
Calle	Número
4 5 6 3 2 1	7 2 4 5
Pueblo	
1 6 5 4 1	

MANDINGA.

Cruz latina



Substituir las estrellitas por letras, de modo que leído horizontal y verticalmente resulte: 1.º, nombre de varón; y 2.º, flor.

PEDRO JUAN GUILLEM.

Soluciones á lo insertado en el núm. 551

TARJETA.—El Señor Joaquín.
 JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Bruno.
 TAXIS:

R A M O N A
 G I R A F A
 C A B E Z A
 M A R E A S
 C I T A R A
 G E R O N A

Correspondencia

Un viajante.—Pamplona.—Su artículo es largo, inocente tristán, y... vamos, que no resulta.
D. M.—Badajoz.—No dice nada su rápida.
 SE PONE DOMICILIO en cualquier estación férrea Agua Colonia Orive, enviando Bilbao 8'50 ptas. 2 litros, ó 16 ptas. por 4 litros. Por frascos desde 3 rs. Farmacias.
L. P. S.—Teruel.—Son muchas lágrimas para un hombre solo; además, ¿de dónde ha sacado usted que esto es verso?

«Llora, llora corazón;
 lágrimas vierte á raudales;
 llora, llora y desahógate,
 que llorando se van los pesares.»

Estos cuatro versos son los mejores de la composición. Conque á aliviarse, amigo.
R. D. T.—Sevilla.—Se ha mandado ilustrar su artículo, que es muy bonito. Mande otro.

J. J. D.—Alicante.—Eso de curar catarros á fuerza de besos, me parece una receta algo rara. ¿Quiere usted que le dé un consejo? No escriba más.

GARANTÍAS DEL LICOR DEL POLO: 31 años de existencia con ventas verdad, comprobadas, de más de mil frascos diarios solamente en España. Entre todos los dentífricos extranjeros juntos no venden en España la décima parte. El más agradable, más higiénico y más barato de los dentífricos. Premios en Viena y Paris. Primer premio IX Congreso de Higiene. El antiséptico más eficaz y el único que conserva sana la dentadura hasta la más avanzada edad. Hecho testificado por dos generaciones.

*L. L.—*Fijese un poquito más al escribir, y puede que consiga presentar algo publicable.

Le digo esto, por esto:

«Ni admiro los pajarillos
 que en rápido y largo vuelo
 cruzan, entonando cantos,
 toda la extensión del cielo.»

¿Toda? ¡Pobres pajarillos! ¡Ya tienen que volar! Y á todo esto sin dejar de cantar. ¡Pues ni que fueran tiples del género chico!

*J. C.—*Sus «Penitas» me han hecho reir mucho. ¡Ay!...

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
 Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

—¡Siquiera tuviéramos una buena cena!—le decía el amanuense á su principal, mientras aquél destapaba el frasco.—Nos confortaríamos mejor que royendo ese pedazo de pan seco que he encontrado milagrosamente en mi bolsillo.

—Esta noche ganaremos con qué hacer cenas opíparas y á nuestro gusto,—le contestó Mouflet, pasándole la botella.

Cuando Dardouillet hubo apurado lo que quedaba, que no era mucho seguramente, le dijo el alguacil:

—No perdamos tiempo, hijo mío; toma la jaca, sube la cuesta, costea el sendero por la derecha y espérame bajo los tres manzanos que hay á unos cien pasos de la casa del padre Cretú. ¡Vamos, no me mires con cara de animal! Ya conoces los tres manzanos: están á la salida del bosque. Mientras tanto voy por nuestras escopetas y el azadón que hemos ocultado en el heno, más allá de la *Cruz Roberto*. Si hubiera sabido que ese gandulón de Dardouillet era tan débil y tan cobarde, no lo hubiera asociado á esta operación,—dijo en voz baja Mouflet, trepando penosamente por el montuoso que guiaba al sitio en que estaban acultas las escopetas.

Cuando hubo llegado á lo alto, se detuvo un instante para tomar aliento y orientarse.

—Veamos,—dijo,—organicemos nuestro plan de campaña. Ahí enfrente está el camino que conduce á la alquería de Magdalena, cuya cerca no está separada de la quinta más que por un sendero del parque. Ante mí, y en la parte baja, el río y el molino; aquí, á la derecha del camino, el rastrojo que llega á la casa del padre Cretú y á los tres manzanos; y cerca de ella distingo la habitación del guarda y el pedazo de tierra que le pertenece, lo que concluye de formar el cuadro. Pues, señor, corriente: el asunto está tan claro como el agua.

Y dirigiéndose á su amanuense, que se presentó improvisadamente, le dijo:

—¿Qué diablos quieres?

—¡Señor,—respondió Dardouillet,—en el momento que costeaba la cerca de la alquería, me he encontrado con una reunión que venía del castillo, y por un milagro no me han visto! Por mi parte he conocido perfectamente á Bautista y á su madre, que iban en compañía de otras personas; por lo tanto, he desandado el camino lo más pronto posible, esperando encontraros aquí y preveniros de lo que acontecía.

—¡Está muy bien, medroso! Ten calma y escúchame. La jaca más bien nos sirve de estorbo que de utilidad en este momento; por lo tanto, trábala con el ronzal y ponla cerca del heno que está al final del rastrojo, cerca de los tres manzanos, en donde el animal se encontrará á su gusto indudablemente.

El escribiente se apresuró á obedecer, y distinguieron desde lejos las bombas y los cohetes que salían de la quinta y estallaban en el aire.

—¡Ah canallas! ¡Divertíos!—exclamó el corchete, extendiendo el puño en aquella dirección.—Pero á cada uno le llega su vez.

—¿Quién es el que viene detrás, mi amo?—le dijo Dardouillet, que le había visto gesticular desde lejos.

—¡Eso no te importa! Cállate y busquemos nuestras armas.

Una vez que hubieron recogido sus escopetas, cargando también el escribiente con el azadón, emprendieron la marcha, y por el camino explicó el alguacil á su compañero el plan que había formado, plan que no era otro que el de apoderarse del dinero del difunto Cretú, dinero que él había visto encerrar en un arcón que tenía doble fondo, y que constituía un soberbio tesoro.

Excusado es decir que Dardouillet asintió, con los ojos chispeantes de codicia, apresurando ambos el paso, á fin de aprovechar la soledad de la vieja Verónica, única que estaba velando el cadáver.

Una vez cerca de la casa, el escribiente, por indicación de su principal, se aproximó con objeto de explorar el terreno, y cuando poco después se reunió con Mouflet, le dijo con acento tembloroso:

—No sé por qué me habíais dicho que estaba sola la Verónica.

—Como que era verdad.

—Podría ser toda la verdad que queráis,—refunfuñó Dardouillet de mal talante;—pero el caso es que con la vieja Verónica están en este momento el guardabosque Gay y Belamí.

—¿Qué dices?

—La verdad. Aproximaos y os convenceréis.

—Es necesario separarles de allí,—dijo Mouflet, pensativo.

—Pues ya veréis cómo lo habéis de hacer.

Mouflet reflexionó un breve espacio y después alzó la cabeza, diciendo con expresión de triunfo:

—¡Ya tengo el medio! Ahí está la granja: hay grandes depósitos de heno y trigo y tenemos fósforos á nuestra disposición.

Y, adoptando todo género de precauciones, se aproximaron á la granja, penetraron dentro del recinto, y un momento después el rojizo resplandor producido por las llamas obligaba á salir precipitadamente á Belamí y á Gay de la habitación del difunto Cretú.

—Ya se han marchado,—dijo el alguacil á su dependiente.—Ahora nadie nos disputará el campo

(Concluirá.)



D. Perea, para anuncio de corridas de toros
(núm. 324 del catálogo)



La condesa de Peña-Dal-Vert

(CONCLUSIÓN)

—¡Luis!—murmuró la pobre mujer, con indescribible acento.

Y en medio de la soledad de la calle medió una ligera explicación.

Carmen había luchado valerosamente con la miseria.

Trabajando para mantener á su hija, llegó un día en que ésta cayó enferma.

Los escasos recursos de aquella casa se agotaron bien pronto, y la enfermedad continuaba y la pobre madre llegó el día que no supo qué hacer.

Su pobre hija se moría, y ella, su madre, no podía proporcionarle las medicinas que el médico ordenaba.

En aquel momento, después de un día sin pan y en medio de una noche sin luz, la infeliz madre, loca, desesperada, salió á la calle resuelta á todo, hasta á vender su cuerpo, si por el precio de éste podía salvar á su hija.

Gosálvez escuchó esta òdisea de infortunio, con más curiosidad que interés.

Metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera, extrajo de ella un billete de cien pesetas y se lo entregó á Carmen, diciéndole:

—Mañana iré á tu casa.

Y fué, y facilitó nuevos recursos á la madre para la curación de la hija, y después ya no volvió más.

Se restableció la niña y Carmen volvió á trabajar.

V

Fatal desenlace

Carmen, era la camarera que Gosálvez había propuesto á la condesa de Peña-Dal-Vert.

El miserable, tuvo valor para ir á buscar á la madre de su hija y hacerle la proposición de ir en clase de camarera á casa de Carolina, prometiéndole que si accedía á lo que él deseaba, depositaría en el Banco de España para su hija una dote de veinte mil pesetas, que percibiría á su mayor edad.

¡Cuánto hubo de luchar la pobre mujer para que la madre venciera, al fin, á la amante ofendida!

Únicamente por su hija aceptó aquella nueva humillación.

Carmen y su hija quedaron instaladas en casa de la condesa.

Gosálvez contaba ya en aquella casa con un auxiliar poderoso y seguro.

No conocía que el sufrimiento de Carmen era horrible.

Hecha confidente de los adúlteros amores de la condesa y de su antiguo seductor, había momentos en que los celos, la ira, la indignación, el deseo de venganza, llevaba hasta sus labios las primeras frases de una denuncia al confiado esposo, engañado tan villanamente.

Pero el criminal, el que debía ser castigado sin piedad ni gracia, era el padre de su hija, y la infeliz tenía que callar y seguir transigiendo con semejante ignominia.

Mas á pesar del excesivo cuidado, del lujo de precauciones desplegado por la esposa criminal y el amigo infiel, hubo otro criado que sospechó.

Despedido un día por la condesa, y ansioso de vengarse, observó, y si no la convicción completa, encontró bastante justificadas sus sospechas.

El conde recibió un día un anónimo. En él se le decía lo bastante para que se desprendiera de sus ojos la venda que le había tenido ciego hasta entonces.

Empezó á fijarse en pequeñeces de las que no hiciera caso hasta aquel momento.

El átomo de arena fué aumentando su volumen, y se convirtió en montaña que, al ser conocida por el mundo, estaba próxima á caer sobre su honra.

Disimuló, esperó pacientemente, hasta que llegó el día en que no le quedó duda alguna.

Tuvo, sin embargo, la fuerza de voluntad necesaria para dominarse; pero el siguiente día se encontró con Gosálvez en el Casino; buscó pretexto, se provocó el lance, y dos días después Gosálvez caía mortalmente herido por la espada del ofendido esposo, en una quinta cerca de Madrid, propiedad de uno de los testigos del conde.

Aquel mismo día, el conde presentaba demanda de divorcio.

(Sigue en la penúltima página.)